

El alma de lo que somos: la visión orgánica del Estado en el discurso populista de Juan Domingo Perón

The soul of what we are: the organic view of the State in the populist discourse of Juan Domingo Perón

Carlos Mario Cano Ramírez*

carlos.cano@upb.edu.co; pscarloscano@gmail.com

Recibido: marzo 11 de 2016. Aceptado: junio 16 de 2016.

doi: 10.22209/rhs.v4n1a04

Resumen

La manera como se expresan y emergen los movimientos y líderes populistas en Latinoamérica no obedece a motivaciones que tienen su cuna en nuestro tiempo, sino que evidencian profundas estructuras sociales y dinámicas políticas que tienen su génesis en las primeras décadas del siglo XX. Nuestra intención es tomar como punto de referencia el discurso populista de Juan Domingo Perón, cimentado en una concepción orgánica del Estado, la cual está presente en la estructura de los proyectos políticos de los actuales jefes de Estado de las naciones que presentan este modelo como una forma de gobernar.

Palabras clave: populismo, Estado orgánico, el alma del pueblo, Juan Domingo Perón.

Abstract

The way populist movements and leaders manifest and emerge in Latin America does not arise from reasons rooted in our time, instead they evidence deep social structures and political dynamics that can be traced back to the early decades of the twentieth century. This article uses, as a reference point, the populist discourse of Juan Domingo Perón, founded on an organic conception of the State, which is present in the structure of the political projects of the current heads of state of nations under this form of government.

Keywords: populism, organic state, the soul of the people, Juan Domingo Perón.

Para citar este artículo: Cano Ramírez, Carlos Mario. (2016). El alma de lo que somos: la visión orgánica del Estado en el discurso populista de Juan Domingo Perón. *Rev Humanismo y Sociedad*, 4(1), 15-20. doi: 10.22209/rhs.v4n1a04

* Psicólogo y Magíster en Ciencia Políticas, Universidad de Antioquia. cPh.D. en Ciencias Humanas y Sociales. Docente Universidad Pontificia Bolivariana, Facultad de Diseño de Vestuario.



Figura 1. Propaganda peronista, donde se muestra la figura del caudillo como encarnación del sentir popular.

Fuente. Revista de Cultura, año III, número 17, junio de 2005, Buenos Aires. Recuperado de www.icarodigital.com.ar/numero17/zona_escuela.htm

El Estado se llama al más frío de los monstruos. Miente también fríamente y he aquí la mentira que sale de su boca: "Yo, el Estado, soy el pueblo".

Así Hablo Zarathustra. Nietzsche

Introducción

Una cierta sensación de *dejá vu* nos asiste en momentos en que somos testigos de la llegada al poder de fuerzas políticas que están movidas por un ferviente amor y entrega hacia su líder o caudillo, en la medida en que se vuelve un paisaje ya transitado y que termina por darle sentido a los discursos demagógicos con los cuales el populismo ha intentado afincarse en los regímenes políticos de Latinoamérica desde principios del siglo xx.

Este horizonte político se vuelve imagen petrificada, en la medida en que fue pintada en una variedad de países del continente americano, pero bajo la misma brocha discursiva: una demagogia que está sustentada en la obsesión con conservar algo: la historia, la identidad, el estatus o, en el caso que convoca a escribir este ensayo, el alma del pueblo.

De la mano del carismático líder argentino Juan Domingo Perón y sus discursos sobre la defensa de la

Revolución de Mayo y el establecimiento de un orden social, intentaremos rastrear cómo en dicho proyecto de Nación, subyace una visión orgánica del Estado que termina por darle forma a la idea de la existencia de un alma nacional, la cual hay que preservar, proteger y limpiar; donde es él, como caudillo, el que atiende el llamado de su pueblo para cumplir con una misión de dimensiones casi divinas.

El interés de este artículo se centra entonces en señalar cuáles son los elementos discursivos que más peso le dan a dicha concepción orgánica de la nación en la figura de Perón y analizar, con base en las tesis de Adorno y Horkheimer (1994) y Marcuse (1970), cómo esta visión apunta a darle cuerpo a una ideología reaccionaria, ahistórica y antimaterialista del régimen político y de la dinámica social.

1. El modelo de gobernanza de Juan Domingo Perón

Nuestro maestro nos habló del Plan Quinquenal. Empezó diciendo que así como nuestra historia del pasado reflejaba los sacrificios heroicos de nuestros próceres: Belgrano, San Martín, Rivadavia, Sarmiento, y abarcaba la Revolución de Mayo, la Independencia, la Epopeya Sanmartiniana y la Organización Nacional, también los

siglos venideros llamarán a los tiempos que vivimos: la época de Perón y Evita, los paladines de la Justicia Social (Plan Quinquenal, citado en Luna, 2005).

La mejor forma de comenzar este análisis es mirando apartes de este texto capitular en el movimiento peronista y que se conoce como *Plan Quinquenal*, el cual tenía un objetivo propagandista de erigir a Perón y a su movimiento como los guardianes de la sociedad.

Perón no veía que la sociedad estuviera compuesta por individuos autónomos y libres, ni tampoco por ciudadanos; sino por agremiados a una entidad orgánica que en su orden y en sus sociedades estaba orientada por el poder y por la fuerza de autoridad del Estado, sostenida por la institución del ejército.

El Estado es concebido como la autoridad suprema, que es personificada en la figura del caudillo, que a su vez es visto como el *paterfamilias* de la organización gremial, militar y social; donde el ejército se erige como representante inmaculado y guardián de la patria y del pueblo. Los ciudadanos no descansan en la autonomía y la libertad, sino en la obediencia que estos prestan a partir de las buenas costumbres, los actos de piedad, de humanidad y de urbanidad.

Porque nuestro Ejército, como el de todas las naciones modernas, pertenece al pueblo, y por eso había que evitar que la descomposición del pueblo arrastrara al Ejército, ya en demasía influido por ella (Perón, 1982, p. 87).

El ejército, para Perón, es el referente, en su estructura y dinámica de mando, para concebir al Estado; pero visto como organismo, como un ser autónomo de los ciudadanos, el cual tiene que estar constantemente cuidado y vigilado, para que no caiga en una degradación:

Las instituciones, como los estados, se descomponen, como el pescado, comenzando por la cabeza, y tanto había influido ello en nuestro Ejército, que, lamentable es confesarlo, teníamos un contingente de 30 000 hombres con cuarteles casi inhabitables, con buenos cuadros de oficiales, pero sin estructura eficiente (Perón, 1982, p. 88).

Detrás de esta visión orgánica del Estado, hay un intento por concebir el proyecto político peronista como el único medio disponible para detener esa degradación social y ver en cada acto de intervención

gubernamental una forma profiláctica o terapéutica que persigue el saneamiento y la asepsia.

Esa descomposición solamente era reflejo de la Nación misma, que también estaba en la cabeza, y por ello nuestra acción se encaminaba de inmediato a considerar cuál era y cuál debería ser la estructura misma de todos los poderes del Estado (Perón, 1982, p. 88).

Cabría entonces señalar que toda visión orgánica del Estado sostiene un orden y estatus social que no puede ser cambiado, so pena de degradar el espíritu del pueblo; es por esto que las instituciones son concebidas como instrumentos de control y regulación de ese orden, a la vez que se ven como instrumento de saneamiento.

El ideal de un Estado no puede ser la carencia de asociaciones. Casi afirmaríamos que es lo contrario. Lo que sucede, es que únicamente pueden ser eficaces, fructíferas y beneficiosas las asociaciones cuando, además de un arraigado amor a la patria y un respeto inquebrantable a la ley, vivían organizadas de tal manera que constituyan verdaderos agentes de enlace que lleven al Estado las inquietudes del más lejano de sus afiliados y hagan llegar a este, las inspiraciones de aquel (Perón, 1982, p. 90).

A esto Perón lo denominó como el imperativo de la organización, que en su discurso demagógico, sirve para recalcar esa característica orgánica del Estado:

[...] como conclusión podría decir que el movimiento político social llevado a cabo por la revolución no podrá ser detenido como no fuera por un cataclismo nacional, pero a condición de que organicemos nuestras ideas, pues su estabilidad y durabilidad dependen esencialmente de su organicidad.

Las reglas son cuatro: la simplicidad orgánica, la sistematización orgánica, la estabilidad orgánica y la finalidad orgánica (Perón, 1982, p. 97-98).

2. El caudillo como protector de la nación virginal y heroica

A esta altura se hace necesario entrar a analizar la figura de Perón como caudillo, que se dibuja dentro del marco de una ideología reaccionaria y de derecha popular.

Esta concepción de la sociedad orgánica sostiene una versión mítica y mágica de la patria, que es vista como pastoral, virginal y heroica, alimentada por el ideal de la recuperación del «alma nacional».

Lo propio de la figura del caudillo es que piensa que la Nación ha perdido su sustancia, esencia o finalidad, que puede estar dada desde una herencia cristiana, o el caso de la Argentina, desde su pasado gaucho. «Lucharemos por mantener una real e integral soberanía de la Nación; por cumplir firmemente el mandato imperativo de su tradición histórica (Perón, 1982, p. 114)».

La visión orgánica del Estado está sostenida por un constructo epistémico, que permite estructurar una cosmogonía y una taxonomía de los hechos, que terminan por confirmar el objetivo de preservar el alma nacional; dichos constructos se centran en:

- A. La negación radical del carácter universal de la historia.
- B. Exaltación de la idea de nacionalidad, en la medida en que lo foráneo, «contamina» el espíritu del pueblo.
- C. Niega la posibilidad de toda mutación brusca en el desarrollo histórico por obra de la razón.
- D. Por el contrario, se ve en la historia la presencia de fuerzas ciegas, inconscientes e irracionales.
- E. Dichas fuerzas son perdurables, están sostenidas por la tradición y la costumbre; crea actitudes, maneras de expresión espiritual, de modos de vida y de discursos esotéricos populares (Perón, 1982).

Este constructo epistémico está pensado en aras de preservar el *establishment*, que es concebido como reflejo perpetuo de esa alma e identidad nacional. Es por esto que se hace imperiosa la puesta en escena de un poder fuerte, controlador y estático que no fomente la dispersión y la desorganización de la sociedad, sino que integre, de forma que dicha sociedad sea homogénea, compacta e inmóvil en lo referente a la producción de capital, el trabajo sindical y la organización social.

Marcuse, en su texto *La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado* (1970), va a dar todas las luces necesarias para entender la figura del caudillo, como representante directo de la ideología reaccionaria y de cómo esta toma, de la concepción orgánica del Estado, fuerzas argumentativas para justificarse; lo cual en la figura de Perón, está magistralmente encarnada.

Hay tres pivotes conceptuales en este libro de Marcuse, que guían el análisis político y social de los regímenes autoritarios y que tienen que ver con la *visión heroica del hombre*, el *naturalismo irracional* y el *universalismo*.

De la *visión heroica del hombre*, este pensador alemán dirá que ella está ligada a fuerzas de la sangre y de la tierra: estamos hablando de un ciudadano pensado bajo la figura de un hombre dispuesto a todo, se entrega y se sacrifica sin titubear, persiguiendo un solo fin, obedecer a las fuerzas oscuras de las que emana la vida. Su punto máximo es el conductor: el Führer en el caso alemán y el caudillo en el caso latinoamericano.

Pensar el *naturalismo irracional*, permite entender que la interpretación del acontecer histórico-social, en términos de un acontecer orgánico natural, va más allá de los resortes reales de la historia y entra en la esfera de la naturaleza eterna e inmutable. La naturaleza es concebida como una dimensión de origen mítico, manifestada en dos conceptos: sangre y tierra; estas se presentan como dimensión prehistórica (Marcuse, 1970).

El realismo heroico-popular subraya reiteradamente las cualidades naturales de la totalidad, representada por el pueblo: esto trae como consecuencia la glorificación del campesinado,* como único estamento enraizado en la naturaleza; se lo celebra como fuente creadora.

Esta naturaleza, lo dirán Adorno y Horkheimer (1994, p. 123), es un mito y como tal encubre la creciente degradación organicista y la eliminación del acontecer histórico social: la naturaleza se convierte en el gran contrincante de la historia; ya que no hay en la historia órdenes naturales que puedan servir como modelos e ideas de la movilidad histórica.

Esto es invisibilizado por aquellos grupos que están interesados en eternizar como «naturales» determinadas relaciones sociales, a fin de conservar el orden social existente y protegerlo de toda crítica perturbadora.

De otro lado, Marcuse (1970) argumentará que el *universalismo* es la doctrina de justificación política de los regímenes autoritarios; en la medida en que el todo social, en tanto realidad independiente y primaria con respecto a los individuos, se transforma, en virtud de

* En el proyecto político del peronismo, no es el campesinado la figura preponderante, sino el sindicalista, visto como vinculado a un engranaje, pensado para el establecimiento de un régimen social.

su pura totalidad, en valor independiente y primario: el todo es, por tanto, lo verdadero y lo auténtico. Se mistifica programáticamente la totalidad: no se la puede tocar con las manos ni verla con los ojos externos; siendo el pueblo lo que expresa mejor esta abstracción.

La preeminencia del todo con respecto a los «miembros» (partes) es una tesis fundamental del realismo heroico-popular: el todo entendido no como suma o como totalidad abstracta, sino como la unidad que unifica a las partes, en la que cada parte se realiza y completa.

El todo está originariamente en su estructura orgánica: los miembros sirven al todo, al que están subordinados como a una ley, pero le sirve de acuerdo con sus propias leyes estructurales [...] de un modo que en la medida de su participación en el todo se realiza su destino personal, el sentido de su personalidad (Marcuse, 1970, p. 28).

En Perón este aspecto resulta evidente cuando afirma que:

Vienen después los ciclos de la evolución de la humanidad. Asistimos, en mi concepto, a la fijación de una nueva etapa de la evolución. Vamos pasando poco a poco del individualismo a la socialización de las grandes agrupaciones humanas, por otra parte, lo que la historia enseña: que la evolución de las sociedades humanas es un movimiento pendular que va del individualismo a la socialización, vale decir: los pueblos agrupados en naciones se dividen después en partidos, que se subdividen a su vez en sectas, con sus caudillos; hasta que llega al hombre aislado, que es en realidad un enemigo de todos los demás (1982, p. 119).

Marcuse señala que este todo:

[...] no es la unificación impuesta por el dominio de una clase en una sociedad de clases, sino una unidad que unifica a todas las clases y que ha de suponer la realidad de las clases mismas: laceración de una auténtica comunidad en el pueblo que se levanta por encima de los intereses y oposiciones de los estamentos y clases (1970, p. 29).

La interpretación orgánica de la sociedad intenta evidenciar que detrás de las relaciones y fuerzas sociales existen leyes «naturales» que se manifiestan en toda su benéfica naturalidad si se les permite desarrollarse libremente, sin ninguna interferencia artificial. Se supone que hay una «naturaleza de las cosas» que

tiene su legitimidad propia y originaria, independientemente de la acción y del poder humano, que se mantiene siempre a pesar de todas las interferencias.

La aplicación de este concepto de la naturaleza a la sociedad será decisiva: todos los sujetos se encuentran en la necesidad de adaptarse a estas «leyes naturales». Acá hay una interpretación de la sociedad referida a la naturaleza en su función armonizante.

Al utilizar situaciones naturales-orgánicas en contra de la razón «desarraigada», la teoría de la sociedad actual trata de justificar, mediante fuerzas irracionales [naturaleza, tierra, la sangre, el pueblo, situaciones existenciales], una sociedad que no es justificable racionalmente, de sacar sus contradicciones de la luz del conocimiento racional para sumergirlas en la oscuridad tenebrosa de la «sangre» o del «alma», y de esta manera, eliminar la crítica del conocimiento (Marcuse, 1970, p. 25).

Marcuse (1970) señala que también estamos ante una teoría antimaterialista, pues se centra en difamar la felicidad terrenal del hombre, obtenible solo mediante la organización racional de la sociedad, reemplazándola por otros valores menos «concretos»: hay con ello una sublimación ética de la pobreza, del sacrificio, del servicio y de un *realismo popular*.

Es ese realismo popular lo que termina dándole cuerpo a las posturas populistas de los caudillos, la cual se basa en la movilización de las masas a partir de la desdicha y la frustración, que se puede canalizar por la vía de la agitación. Para la derecha, la frustración tiene un culpable: ese algo o alguien es responsable de ella, y puede ser una clase, una raza, una ideología o una representación cultural. En la figura de Perón son los enemigos de la patria y aquellos que no se sacrifican por ella y asumen una posición de desidia que tiende al desorden social.

3. A manera de conclusión

El populismo se presenta entonces como un fenómeno efervescente, como una emergencia política que no tiene doctrinariamente una base ideológica, que responde a ese sentimiento de frustración generalizado.

Como tal, entonces tiene un elemento de revancha, que impide hablar de clases sociales, en la medida que genera un vínculo emocional que se caracteriza por la unidad: rompe con las dinámicas de las clases sociales.

A su vez tiene una construcción genérica que lo une a todo: en unos casos puede ser el pueblo, o en otros, el sindicato, como en el peronismo; lo cual depara una especie de cooperativismo, que permite crear una unidad en la base de las profundas diferencias de clases.

Por último, el populismo no construye partido, en la medida en que la unidad genera la autodenominación con relación al líder: se personifica la revancha en el líder; se borra el partido, porque se crea el líder carismático.

Referencias

- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max. (1994). *Dialéctica de la ilustración: Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta.
- Luna, Marcelo. (2005). «La patria te espera niño». Visión histórica y social del libro escolar «Justicialismo». (1953). *Revista de cultura*. Año III N° 17. Recuperado de <http://www.icarodigital.com.ar/numero17/zona/escuela.htm>
- Marcuse, Herbert. (1970). La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado. En: *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Sur.
- Perón, Juan Domingo. (1982). *Tres revoluciones militares*. Buenos Aires: Peña Lillo.